

XXVI

¿HACER?

¡Filosofía! Deseo y esperanza de una certeza reposada; puerta santa de las verdades difíciles; filtro de ascético entusiasmo en la tebaidas despobladas por los sistemas; dulzura orgullosa de una vida fracasada; sucedáneo dionisiaco de la empiria normal, de las alegrías fisiológicas, de las distracciones (¿consolaciones?) de pago.

¡Filosofía! Simpatía de la infancia, amor de la adolescencia, pasión de la juventud. Fe sin sagradas escrituras; culto sin ceremonias; adoración sin rezos, ¡y, sin embargo, más cara, más cerca de mi corazón que todas las religiones! Pensamiento abstracto, desnudo como las obras maestras de los mayores genios; idea más armoniosa y perfecta que toda escritura; concepto immaculado y lineal, como un dibujo creador sobre la tela intacta del ser.

¡Filosofía! Mundos aladínicos de fantasmas más vivos que los vivos; de sombras más sirénicas que los cuerpos; de palabras más pulposas que las cosas; de fórmulas más incendiarias que una estrofa.

Te conocí, te amé, te violé. Tú fuiste el banquete sin fin de mi vida astenia; la fiebre de mi excesiva salud; el himno inolvidable de mi aridez de corazón. ¡Cerebro, cerebro, todo cerebro! ¡Teorías, principios,

dialécticas, nada más que abstracciones! Viví de sistemas, viví los sistemas; me nutrí de metafísicas, soñé metafísicas.

Las selvas de las más ásperas ideologías fueron mi edén, ¡y no había ni una hoja verde! El sol deslumbrador de la celeste unidad caía sobre mi cabeza, ya caliente de sangre y de razonamientos, y hería mis ojos cegados y los cerraba a fuerza de luz. En aquellas soledades de zarzas y matorrales conocí yo también, como los anacoretas, las tentaciones carnosas de las bellezas sensibles y terrestres. Las mujeres me miraban con sus ojos negros, grandes, abiertos y fijos; y en las riberas soleadas de los mares, las amarillas naranjas de Goethe se bamboleaban en la brisa impregnada de sal y de infinito. Y durante largos años (tantos años, tantos meses, tantos días ¡y tantas noches!) te fuí fiel como un caballero de *chanson de geste*, y no tuve más Dios que tú. Te busqué en todos los libros; te veneré en todas las formas; te extraje de toda palabra; te conquisté en los grandes; en los pequeños te defendí. Grandes fiestas del espíritu para cada posesión de verdad; noches de delirio meditabundo para cada iluminación.

A tí, Filosofía, lo debo todo: el anhelo de los mundos purificados; el éxtasis de las ascensiones en lo inteligible; el ejercicio de la destrucción; el sentido de mi superioridad sobre los hombres de la calle. Yo fuí todo tuyo y tú lo fuiste todo para mí.

Con todo, llegó el momento en que te me apareciste tal cual eres: cábala afanosa de signos en torno a la nada; orden vago y mutable sobre la diversidad fluuyente y desbordada; carrera irónica hacia la destrucción de tí misma.

Y yo te repudí, te desprecié, te licencié, te traicioné. Para lo que yo quería hacer no eras más que un obstáculo. No cumpliste lo prometido. De lo que

cumpliste no sabía que hacer. Yo buscaba la acción, el hacer, el cambiar — la realidad de hoy en promesa hacia la realidad del mañana —, y tú no me dabas más que la contemplación inútil, la quietud de los absolutos o la febrilidad fatigosa de las galopadas impacientes hacia una meta sin fondo.

La Filosofía había sido conocimiento (contemplación) y rebusca de lo universal (unidad).

Yo quería, por el contrario, acción (cambio, creación), y, por lo tanto, le realidad (realidad inmediata, concreta: lo particular). Derrocaba del todo a la nada el concepto milenario de la Filosofía, cortaba la tradición y volvía a la prefilosofía. Y creía, con esto, beneficiar a la filosofía de los filósofos. Todo problema, para mí, era problema de instrumentos, de transformación de instrumentos. Todo filósofo se había preocupado únicamente de encontrar nuevas soluciones a los problemas antiguos; pero todas las soluciones, las antiguas y las recientes, habían partido de las mismas premisas, respetando las mismas leyes, cayendo en los mismos paralogismos — productos, en suma, de estructuras mentales muy semejantes —. Era inútil proseguir todavía de otro modo por aquellos caminos, hartos andados. Una experiencia continuada durante siglos nos advertía — con la vanidad y la vacuidad de los resultados — que allí no había nada más que hacer ni qué esperar. Las mejoras de los vocablos, los retoques a los métodos, las reformas parciales de la máquina lógica, los cambios de terminología eran expedientes mediocres de gente que no sabe dejar el camino real de sus padres. Para cambiar los productos, para tener el derecho de esperar en alguna verdad definitiva, para obtener un resultado que fuese verdadera y radicalmente distinto de los sólitos, era necesario tomar la resolución difícil — pero única — de empezar de nuevo por otro lado. La Filosofía es una

construcción levantada con instrumentos; los instrumentos de la Filosofía son los cerebros de los filósofos; para mejorar sus productos hay que mejorar los instrumentos; de suerte que para mejorar la Filosofía es menester mejorar los cerebros de los filósofos. Es menester cambiar las almas.

Es decir: *hacer* algo, obrar, transformar; no ya únicamente conocer, describir, contemplar.

Los filósofos (y no todos; poquísimos) han pensado en cambiar un instrumento tan sólo: el lenguaje, y no han pensado en el más importante de todo: su alma.

El mismo principio podía adoptarse en moral. ¿A qué multiplicar las normas, los mandamientos, los imperativos, si luego los hombres se ciscaban en las canfilenas éticas y seguían siendo los mismos canallas de antes, tal vez menos feroces, pero sin duda más hipócritas? ¿Encontrad el modo de cambiar los gustos, los valores internos de las almas, y las acciones virtuosas fluirán naturalmente, sin necesidad de sermones, consejos, ni reglas! ¿Cambiad su personalidad directa, eficazmente, y el más quintaesenciado sistema ético será al punto superfluo! ¿Haced que los hombres sean espontáneamente virtuosos, en vez de aburrirlos con disertaciones sobre la virtud.

También por este camino volvía, pues, a mi sueño fijo de revolucionario espiritual: cambiar los hombres, cambiar las mentes. Pero no quería cambiar únicamente los espíritus, sino también las cosas. Es decir: cambiar los espíritus para que pudiesen cambiar las cosas cada vez más rápidamente. Mas para cambiarlas no basta tener los nombres escritos en los libros; no basta haberlos clasificado y genealogiado; no basta haberlos reducido a ideas generales, y las ideas generales a conceptos universales, y haber formulado las relaciones de causa entre los diversos grupos de

conceptos. No basta haberlas puesto en los escaparates y haber escrito en la muestra de cada escaparate el artículo (¿inviolable?) de la ley. Para cambiar la realidad no basta conocerla desde fuera a través de las formas del intelecto razonador y de los símbolos del Diccionario.

Es menester penetrar, insertarse en ella, llegar a ser parte suya, átomo de su masa, momento de su duración, chispa de su alma, gota de su corriente.

Es menester entrar en contacto con todos sus aspectos (incluso los más escondidos, los más transitorios, los menos visibles); fundirse en su plenitud; perderse en su inmensidad; hacerse realidad viva en la viva realidad. No ya permanecer en su contemplación como un mecanismo cerebral, como una lente reticulada, como un nomenclator y un medidor, sino arrojarse en ella de cabeza y hacerse penetrar por ella y penetrarla; sentir en nosotros su eterno fluir, multicolor, multisono, multisabroso; concertarlo con el pulso de nuestra sangre, con el latido de nuestro corazón. Hacer de modo que sea toda nuestra y nosotros completamente suyos.

Nadie aspira ni tiende a esta mística confusión.

Ni siquiera los artistas; ellos también, en cuanto expresan lo particular, eligen, descartan, empobrecen. Hay momentos y lados de las cosas que nadie busca; ¡nada de acrobatisms trepadores hacia las vacías unidades de los modismos! Esta paciente excavación del particular concreto debieran hacerla los filósofos, en vez de divertirse todavía con los juegos froebelianos de las definiciones *a priori* y de las arquitecturas simétricas. Este sería el camino para el dominio del mundo.

Cuando el hombre, en vez de separarse de lo real, como algo en sí que lo juzga y lo mide, se deshaga en lo real de modo que se sienta hermano de cada áto-

mo y cada apariencia, entonces el cuerpo limitado del hombre desaparecerá en el cuerpo desmesurado del universo; el microcosmos será, en efecto, el macrocosmo, y cada parte del mundo como parte de su persona; y del mismo modo que la voluntad mueve a su antojo cada miembro de la persona, podría mover cada elemento del mundo.

De este fermento de ideas nació en mí esa especie de filosofía a que se llamó pragmatismo y que en otros tuvo orígenes y caracteres en todo diferentes. Esto no obstante, me uní a los pragmatistas y me dí a difundir las verdades de la nueva doctrina. En mí fué la tal un misticismo mágico; en los demás, una metódica preventiva. Confundímonos todos, pero se echó cierta levadura en los pacíficos hornos de las doctrinas conservadoras y tradicionalistas.

Hombre de teoría, no podía olvidar a los teóricos. A ellos especialmente me dirigía con el pensamiento para tenerlos de compañeros en la *gran* obra. Con el arte despertaría sobresaltados a los sensibles; con la teoría quería preparar y arrastrar a los intelectuales. Para un fin semejante a nadie se había de dejar a un lado; a nadie había de despreciar. Debían servirme el mito y la intuición, la imagen y el concepto. Todas las formas del espíritu, para la elevación del espíritu; todos los instintos y poderes de los hombres, para la creación del hombre nuevo.

XXVII

HACIA EL NUEVO MUNDO

Jefe de una filosofía: legislador, apóstol y máximo representante de la filosofía. Filosofía de la acción, del hacer — y rehacer, y transformar y crear —. No perder más tiempo tras problemas insolubles, por caminos sin salida y entre las redes y los cepos de los dialécticos visionarios. Verdadero = útil. Saber = hacer. Entre varias verdades inciertas escoger aquella que más eleva el tono de la vida y nos promete los premios más duraderos. Y lo que no es verdad todavía y deseamos que lo sea, se hará que llegue a serlo con la fuerza de la fe.

Evangelio de fuerza, evangelio de osadía, evangelio práctico, optimista y americano. No más miedo: osar y saltar. No más dudas; todo grueso folio teórico ha de poderse cambiar en la moneda suelta de los hechos particulares, de los resultados deseables. ¡Afuera las metafísicas y bienvenidas las religiones! Aquellas nos dan los secos contornos conceptuales del mundo; estas nos ofrecen las perspectivas calurosas y reconfortantes de vidas que no pueden ser interrumpidas, de valores que no pueden ser negados.

¿Qué hacer de un conocimiento que ni siquiera sirve para conocer y que, por añadidura, no entra ni de soslayo en nuestra vida ni la cambia en un ápice? Que-

remos la teoría instrumento, la idea martillo, la filosofía industrial, el aprovechamiento práctico del espíritu.

Tomada así, en un tono un tanto lírico y exagerado de propósito, esta escuela me inspiraba. La tomé por mi cuenta, la desenvolví, la popularicé, la impuse a los demás, escribí apresuradamente apologías, resúmenes de ella.

Pero no me bastaba, no era aún suficientemente mía. Había de sacarla de aquel pie de casa anglosajona, de aquel pietismo de misionarios vestidos de paisano; arrastrarla por los cielos de lo absurdo: hacer de ella una cosa grande o tirarla.

Tomé, pues, la parte más sugestiva — la que enseñaba como hacer verdaderas, por medio de la fe, las creencias sin correspondencia con la realidad —. ¿Por qué restringir esta acción a las creencias? ¿Por qué crear solamente la verdad de alguna fe? El espíritu debía ser dueño de todo; la potencia de la voluntad no debía tener límites.

Como el conocimiento científico creaba, en cierto modo, los hechos, y la voluntad de creer creaba la verdad, así el espíritu debía influir sobre el todo, crear y transformar a capricho *sin intermediarios*. Hasta ahora, para obrar sobre las cosas exteriores tenemos necesidad de otras cosas externas, como instrumentos, y nuestra mente ha de mandar en nuestros músculos, y estos deben poner en movimiento otras partes de realidad material que consideramos. Yo quería, por el contrario, que el espíritu lo pudiese todo por sí, con su sola voluntad, sin intermediario alguno. También el espíritu, pensaba yo, es una fuerza de la naturaleza, la más noble, perfecta y refinada. ¿Por qué no la más poderosa? Basta entenderla y dirigirla. Del mismo modo que podemos obrar ya directamente sobre algunas porciones de realidad — las que forman

parte de nosotros o más directamente se refieren a nosotros —, debemos obrar sobre toda la realidad, sobre toda, sin excepción. El estudio y el ejercicio bastan, con tal de que se quiera, se espere y se busque. Y si conseguimos la victoria, todo el mundo será nuestro y será substancia plástica y manejable para nuestra voluntad, y la palabra de la primera serpiente se verá cumplida: ¡Seréis semejantes a los dioses!

¡Ser dios! ¡Todos los hombres dioses! He aquí el gran sueño, la imposible empresa, el fin orgulloso que se busca. Y lo puse como programa — a mí mismo y a los demás —. Imitación de Dios: omnisciencia y omnipotencia. Camino para llegar: el espíritu perfeccionado, agigantado, con nuevas cualidades y facultades.

Grande, grandísimo el sueño, pero no desesperado el acercarse. ¿Qué hombre se propone llegar a ser dios con deliberada voluntad? Charlatanes, sí; profetas y taumaturgos, sí; pero dioses, no. Algunos de éstos fueron creídos dioses — pero *después* y por los otros —. No fué su objeto la divinidad, sino efecto de la fe circunstante e imprevista. Emperadores de Roma hubo, locos tranquilos, que se creyeron dioses; pero creían serlo ya; no se proponían llegar. Yo, no; quería ser dios; reconocía estar lejos de ello aún.

Hubo quien se propuso confundirse con Dios — místicos, ascetas, santos —, pero volver a entrar *en Dios*, como parte, gota, átomo de una infinita divinidad que a todos engendra y recoge, emite y reabsorbe con el ritmo de su respiración.

Pero yo no quería ser parte, sino todo yo mismo; no quería ser parte, sino que todo fuese parte mía, toda cosa obediente a mí, como si las montañas, las estrellas y los mundos fueran miembros de mi cuerpo, y miembros obedientes. Yo no creía en Dios. Dios no existía para mí ni había existido antes. Quería crearlo

para el porvenir y hacer de mí, hombre débil y miserable, el ser supremo, soberano, riquísimo y potente.

Sobre este mi propósito y preparación del hombre-dios pensé fundar una religión. ¿Dónde? No ya en la vieja Europa, pobre e intimidada por las costrosas civilizaciones. En América, en la vasta América septentrional, de posibilidades indefinidas, donde se acepta todo lo nuevo, donde todo credo encuentra un templo, y todo Moisés, un capital. Había encontrado un compañero digno de mí, loco como yo, decidido a acompañarme y a partir conmigo insultos y triunfos.

Habíamos pensado en todo: en aprender bien el inglés, en estudiar las condiciones de América y en el dinero para empezar. Habíamos decidido prepararnos cinco años en la soledad, estudiando el problema de la potencia del alma — experimentando, reforzando nuestra voluntad, descubriendo los secretos de la acción espiritual directa, de suerte que pudiéramos ofrecer milagros y prodigios si aquellos hombres, duros como Pedro e incrédulos como Tomás, nos lo pidieran —. Todo estaba dispuesto, incluso el nombre de la nueva iglesia, incluso los puntos del maravilloso y mágico credo. Nosotros dos, italianos pobres y filósofos, iríamos allá, solos y osados, a ofrecer a todos la omnipotencia, la riqueza, el prestigio, la salud, la eternidad; todo aquello que los hombres desean y ansían con mayor avidez e insistencia. Nosotros dos solos, atravesando el mar, transformaríamos aquella tierra, descubierta por un italiano obstinado y sin escrúpulos. Y de allí volveríamos a Europa, seguidos por miles de fieles, con la aureola de la gloria en torno a nuestras cabezas y con la certidumbre de poder desafiarse desde esta esquirola de materia a todos los demás mundos sometidos a nuestra voluntad.

LA CONQUISTA DE LA DIVINIDAD

Ahora sí que el ingenio y la bondad — ni la poesía ni los sistemas — bastaban.

Antes de atravesar el Atlántico como profeta del nuevo reino *ser* — realmente, efectivamente ser, — lo que en la larga vigilia había soñado para mí, lo que había propuesto a los demás: un santo, un guía, un semidiós.

Ya no era el momento (harto lento por lo demás) de las proposiciones, de los afanes, promesas, esperanzas — programas.

¿Cómo se podía concebir un santo sin milagros, un fundador de fe sin prestigio, un dios sin poderes? Si la única razón de la vida era para mí aquella, y nada más que aquella, no podía retardar su cumplimiento y conclusión. La mariposa angélica debía romper la oscura crisálida; el fruto debía madurar después de la ligera prodigalidad de las flores. Romper los lazos, cortar los puentes; cambiar la vida, de carácter, de alma; poner el sello del hecho a la oración prolija de las intenciones.

No podía tener la ilusión de hacerlo todo por mí de la nada. Yo también tenía que volver, con mi altivo desprecio, por el pasado, a cualquier tradición; fiarme de las enseñanzas ajenas, aprovechar las ex-

periencias antiguas. Pero ¿a qué parte volverse con mayor esperanza de socorro?

Uno solo era mi objetivo inmediato: aumentar hasta lo infinito el poder de mi voluntad; hacer de suerte que mi espíritu pudiese mandar a hombres y cosas sin necesidad de actos exteriores. Es decir, *hacer milagros*. Nada más.

Los santos y los magos (o los que eran un poco una cosa y otra: los profetas hebreos, los fakires indios) pretendían haber hecho milagros. Los primeros, sin buscarlo, casi sin querer; los demás, sujetándose a una disciplina rigurosa y ayudados de secretas doctrinas y de fuerzas extrañas. Pero los milagros, en suma, eran posibles, y había ya el principio de un arte del milagro. Un principio, una radiación, un rudimento; era necesario constituir este arte, encontrar sus reglas seguras y aplicarlo. Aun no siendo verdaderos los que los historiadores de los santos y los teóricos de la magia llaman milagros; es decir, propiamente milagros en el sentido riguroso y filosófico de la palabra, a mí no me importaba. Eran hechos extraordinarios, ejemplos de poderes nada comunes, manifestaciones de voluntades insólitas, de hombres dotados de cualidades divinas: me bastaba.

Estudiando a estos hombres, penetrando en su vida, observando por qué caminos habían llegado a hacer lo que habían hecho, se debía sorprender al cabo su secreto — el meollo primitivo y común de los prodigios. — Luego era únicamente cuestión de voluntad y de pertinacia. Reconocido el camino, el paso no debía ser difícil; por donde los demás han pasado también yo pasaré.

Los santos me conducían hacia la religión; los magos, hacia las ciencias ocultas. Caminos sólo en apariencia divergentes; religión y magia habían nacido juntas en los tiempos primitivos. Los santos habían

sido taumaturgos (¿y el mismo Cristo?), y los magos (los verdaderos) habían sido, habían debido ser puros y ascetas. Conocía de antiguo los dos caminos: el celestial, hacia los paraísos consagrados, y el subterráneo, hacia los infiernos malditos.

Después del fracaso escéptico de mis *anfklarung* había vuelto con cierta simpatía hacia la fe; es decir, hacia el cristianismo, hacia el catolicismo. Había releído los Evangelios sin la petulante animosidad volteriana de los primeros años; había vuelto a entrar en las iglesias, y no tan sólo por admirar la arquitectura y contemplar los cuadros de los altares y los frescos de las capillas. Había releído los Evangelios para buscar en ellos a Cristo; había vuelto a entrar en las iglesias para encontrar en ellas a Dios.

El culto me atraía, y no tan sólo por la belleza de las ceremonias y por la música de las misas cantadas. Algo ambiguo — la necesidad de creer, de volverme niño, de sentirme en comunión con la cristiandad, de que había salido — se agitaba débilmente en mí, sin querer decidirme claramente. Leía a San Agustín; medité a Pascal; saboreaba las *Floreillas*. Llegué hasta la *Introducción a la Vie Devote* y los *Ejercicios espirituales*. ¿Curiosidad psicológica? ¿Deseo de información?

En gran parte, sí. Pero había también un hálito de voluntad de creer, un callado deseo de tomar parte en el magnífico experimento religioso, que de Jesús acá había dado al mundo tantas obras maestras de espíritus y de obras. La apologética me interesaba, y el cristianismo, incluso para ejemplo de amigos, me atraía. Empecé a frecuentar los místicos antiguos y modernos: de Plotino a Novalis. A los alemanes sobre todo (Meister Eckchart, Suso, Bohme), y a los españoles (Lulio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz). Los especulativos y los sensuales, y no me olvidaba de

los solitarios, los anacoretas, los desesperados amantes de Dios que habían pasado su vida en perpetua oración, entre las piedras de las montañas. En todos hallaba algo que se compadecía con mi caso: elevación, diluyimiento en el ser, abandono, esperanzas de suertes más altas.

En algunos místicos heterodoxos, como Novalis, encontraba incluso las más explícitas promesas de lo que buscaba; pero nada más que promesas y expectativas. Los demás conducían a las alturas enrarecidas del más abstracto amor, pero querían que yo renunciase a mi conocimiento, a mi conciencia, a mi persona. Me invitaban al abismamiento, a la fusión; mas no ya en el móvil y agitado océano de los particulares, antes bien en la infinita indeterminación de un Dios único e invisible. Verdad es que algunos de éstos, diluyéndose en tal indefinible e inefable divinidad, habían conseguido realizar precisamente lo que yo quería: los milagros. Renunciando a todo, incluso a sí mismo, a su individualidad, lo habían obtenido todo. Todo le será dado a quien todo lo da. Era una espiral sobre el secreto del poder divino, pero estrecha e incierta.

Había ya reconocido, haciendo la teoría de la investigación de lo diverso, que es necesario compenetrarse con el todo para que el todo nos obedezca. En tanto nos sentimos *separados* no tenemos derecho a dar órdenes a aquel que separado de nosotros sentimos, y si las damos no tienen eficacia. El misticismo era, de hecho, una destrucción de barreras, una negación de la separación, un impulso hacia la inseparabilidad absoluta y eterna. El místico no se siente un algo separado del mundo, del ser — de Dios. — Y entonces, convertido en parte íntima e integrante del mundo, todo el resto de su voluntad se refleja en el ser: al abdicar su voluntad particular se convierte, sin

pensarlo, en una especie de voluntad universal, y las más rígidas leyes de los físicos caen ante el amoroso deseo de un extático.

Pero también el poder de los santos es limitado y saltuario, y está en el modo de alcanzarlo el principio mismo de su imposibilidad. La potencia perfecta se podría alcanzar únicamente con la renuncia perfecta del propio yo. Pero cuando esta renuncia hubiese llegado, todo recuerdo de pensamiento, toda huella de voluntad, todo estímulo de deseo habría desaparecido y no podría resurgir más. Y entonces no serían concebibles y posibles las órdenes. Quien hubiese alcanzado el máximo poder, precisamente por eso no podría servirse de él.

Pero yo no podía, no quería renunciar a mí mismo. ¿Qué me importaba una posibilidad plena perdida en la inconsciencia? Yo quería influir sobre las cosas particulares: conocer, saber, prever. No perderme yo mismo, no abolir el pensamiento. Y entonces me volví valientemente del otro lado: hacia el ocultismo.

No era la primera vez que intentaba penetrar en el atrio del templo maldito. Ya en los últimos años del enciclopedismo excesivo había llamado también a aquella puerta. Lo maravilloso me había siempre solicitado (¡oh, *Mil y una noches*, obra maestra de todas las poesías!), y todavía no me estomagaba hacerlo en los golpes de un velador redondo o en las palabras inconexas de un médium no del todo sumiso. Por la carretera vulgar de las sesiones espirituales (gabinetes ridículos, viejas histéricas, lámparas rojas, tropiezo de piernas y pies, risas contenidas, penoso silencio en espera de los golpes fatales) había hecho algún conocimiento entre los espías del más allá. Algunos — los más infantiles — no buscaban más que la certidumbre de una continuación cualquiera después del último suspiro. Otros, más idealistas, aspiraban a una re-

generación moral de este mundo por el conocimiento de las leyes del otro. Otros, en fin, más heroicos o más tercos, daban a entender que todos los pequeños prodigios físicos del medianismo y las disquisiciones y compilaciones abracadabrantes de la teosofía no eran nada: el principio, todo lo más. Indicaban doctrinas superiores, tradiciones secretas, maestros invisibles o lejanos, esoterismos de primer orden, reservados a quien puede vencer las mil terribles pruebas; y prometían vagamente la potencia, aquella misma potencia que yo por doquier buscaba. Con algunos de ellos hablé largamente; leí las turbias fuentes de su sabiduría ratonil; frecuenté algunas reuniones de olor diabólico; me inicié a la larga en la filosofía; probé las experiencias respiratorias de las varias Yoghe indoyanquis; demandé insistentemente los secretos; me ofrecí como discípulo. No es que yo tuviese plena fe en aquel chapoteo teológico y simbólico, del cual, según ellos, debía brotar la luz (la luz que debía traer nos la nueva vida, una vida rica en *poderes*); pero creía que había algo de verdad en las instrucciones a los discípulos por un régimen mental (y físico) diverso del sólito. De los sistemas confusos, de las ceremonias simiescas y de las fórmulas mecánicamente repetidas me sonreía; pero en toda aquella cantidad de enseñanzas y de experiencias que durante siglos y siglos se habían comunicado e intentado entre el Oriente y el Occidente, debía haber algo sólido; el núcleo, la semilla, el primer fragmento de un arte del milagro. Y en mi antiguo entusiasmo, me sumergí en investigaciones, meditaciones y lecturas. Véanse en todo ello efectos físicos de causas espirituales, si es que no mentían todos los médiums y medianistas. La telepatía era una anticipación de las relaciones futuras entre los hombres, una vez suprimidos los intermedios lentos y pesados — los movimientos de los obje-

tos a distancia, las llamadas materializaciones (no negadas por todo el mundo), los primeros ejemplos de positivismo trascendentales, de señorío directo, mental, sobre el mundo de lo inerte. — Estos milagros eran realizados únicamente por hombres anormales, en estados extraordinarios; era menester hacerlos posibles para todos, incluso en los estados más corrientes. Eran muchas veces involuntarios; debían trocarse en voluntarios. Eran pocos; debían llegar a ser comunes.

Para obtener semejantes victorias y afianzarlas era preciso proceder con método. ¿Quiénes eran los actores, los agentes de estos fenómenos maravillosos? Los santos, los magos, los medios: nombres diversos de los hombres superpotentes, que habían realizado, con diferentes creencias, prodigios muy semejantes. El secreto no estaba, pues, en las doctrinas. El santo, impregnado de teología católica; el mago repleto de teología cabalística, alejandrina, paracélsica; el medio embebido de teología espiritualista género Allan Kardec, hacían, esperaban o prometían hacer las mismas cosas. La verdadera causa residía, pues, en el propio ser de estos hombres, que únicamente al azar o empujados por cualquier frenesí teórico, manifestaban incidentalmente su potencia. El caso era estudiar profunda, minuciosa, íntimamente su vida, su sistema de vida, su constitución, sus tendencias y anomalías. Construir la fisiología y la psicología del *hombre poderoso*. Hecho esto, trabajo fácil sería deducir una especie de método para la sublimación de la voluntad, y posible el educar y adiestrar artificialmente a los hombres para conceder sistemáticamente a cada cual su parte de divinidad. Era fiel a mi idea: pensar en el instrumento y no en la teoría; transformar el instrumento en vez de cambiar únicamente palabras y terminologías. Fijado de esta suerte el plan y el camino,

me puse desesperadamente al trabajo. Psicologías generales y particulares, normales y patológicas; leyendas de santos y autobiografías de videntes; relaciones de sesiones mediánicas y catecismos de iniciados: propedéuticas mágicas e historias de taumaturgos; todo lo engullí y digerí con mi antigua voracidad impaciente.

Reuní innumerables notas; seguí pistas falsas; inicié experiencias; creí haber encontrado. Fracasé, renuncié, empecé de nuevo... El tiempo apremiaba; la juventud huía; el deber, el deber, el más solemne deber de toda la vida, estaba decidido. Era menester descubrir el secreto en absoluto; tenía que apoderarme de él de todas maneras o desaparecer. Vivía en un ansia continua, demacrado, ausente, como en sueños. Una fiebre continua me excitaba; el cerebro se negaba a trabajar más... Mi cabeza era un dolor martilleante y perpetuo; me desmayé varias veces; perdí muchas el sentido de la dirección, del significado de las cosas, de las palabras. Ví la muerte de cerca; busqué la soledad; todo el mundo me parecía enemigo. Decidí marcharme sin decirle nada a nadie. Arriba, entre las montañas, más cerca del cielo, lejos de la murmuración y del bullicio de la ciudad, vencería el misterio más fácilmente. Mi debilidad aumentaba y se hacía intranquilizadora; incubos atroces asediaronme todas las noches; la locura estaba en acecho, pronta a saltar sobre mí; todo estaba descolorido en derredor mío, en torno de mi mente, que, afanosa, se tambaleaba, dolorosamente tensa hacia lo imposible.

Partí solo para la última tentativa, con mi loco sueño en el corazón. Bajaría nuevamente de la montaña victorioso y tremendo, como un Dios, o no volvería nunca más.

Pero volví...